

El olor de la isla

–No habrá más barcos hasta la semana que viene, como mínimo. Lo digo por si alguien necesita salir de la isla.

Esas fueron las únicas palabras de la alcaldesa la mañana del 1 de septiembre.

Nunca me había pasado algo así, pero alguna rara fuerza no permitió a mis piernas adelantarse para subir a esa última tabarquera. Para bien o para mal, el anunciado último barco ya navegaba rumbo a la península.

–El ascensor huele a mar, huele muchísimo a mar.

–Sí. O a pescado de la bahía. Aunque no sé si fresco.

–O a clínica de belleza de esas de ahora.

–O a sirena.

A finales de abril, los inquilinos del edificio Lebeche tendrán su libido revolucionada por ese olor a mar que destilará el ascensor, por mucho que el ascensor sea de última generación y cuente con un purificador de aire. A algunos de los moradores del Lebeche el efecto les durará unos minutos, horas acaso. Pero los que viven en pisos superiores al piso 17 caerán irremediabilmente embriagados.

El 25 de abril de 2017 Manola Chacopino se subirá por primera vez al ascensor de un rascacielos de viviendas en la capital, 479 km tierra adentro, lejos, muy lejos, del mar. El ascensor que la llevará al último piso de ese rascacielos, un rascacielos con nombre de viento, Lebeche. Manola todavía no se habrá dado cuenta de cómo se llama el edificio, pero siempre dijo que las casualidades no existen. En su maleta casi vacía, habrá dos cosas que no habrá podido dejarse en su vieja casa, por más que lo habrá intentado: unas tijeras y una caña de pescar, una auténtica caña hecha de caña.

Nada más salir a la terraza, pasará un helicóptero, que le recordará al que les llevaba comida y víveres en épocas de aislamiento, allá en la isla.

–¿Qué le has visto a esa vieja? Que me lo expliquen –le preguntarán a Manolo su madre y algunos de sus amigos cuando, emocionado, les enseñe fotos de su nueva novia.

–¿No será porque se llama igual que tú? Porque siempre te han gustado esas tonterías.

–Sabes a mar, sabes a mar –le dirá casi todos los días el nuevo novio de Manola.

Y ella, ofuscada, se dejará sus ahorros en la Clínica de Estética Lebeche con un único objetivo: quitarse el salitre impregnado en su piel.

* * * * *

–Edurne tiene un cuerpazo de vértigo. Yasmine una belleza oriental impresionante. Carmen unos labios carnosos, de película. Bárbara es una auténtica Lolita. La del 5ºA un auténtico zorrón, todo hay que decirlo. Yo tampoco estoy nada mal, dicen. ¿Alguien me puede explicar qué mierdas le ven todos a esa vieja apestosa del ático?

* * * * *

El 3 de febrero de 2019 Manolo le dejará a Manola una carta por debajo de la puerta, manuscrita. En tres páginas le explicará porque ya no puede seguir con ella, a pesar de lo que la quiere. En la papelera del salón de su casa, muy al fondo y bien arrugada, descansa una nota, ciertamente más breve: *Ya no sabes a mar.*

* * * * *

En la Semana Santa de 2019, Manola volverá tres días a la isla, para visitar a su prima enferma.

A su vuelta a la capital, los mozos, y los abuelos, empezarán a hacer cola en su puerta. Manola se dejará hacer. El edificio Lebeche y sus gentes volverán entonces a sonreír. La brisa que desde el ático se colará por algunos ventanales empezará a subir la temperatura media corporal. Sólo algunos, sus vecinos de los últimos pisos, se quejarán de que Manola, sonámbula, de cuando en cuando saldrá a la terraza en mitad de la noche y empezará a usar unas extrañas tijeras, mirando al cielo, como cortando el aire, o el lebeche.

* * * * *

Los grandes charcos salados que en los años veinte del siglo XXI habrán quedado medio sepultados entre la escombrera junto a la Autopista Europea dicen que fueron en el siglo XIX un balneario de alcurmia, llamado El Lago de la Sal. La abuela de Bárbara lo sabe y un día, en la primavera del año 2022, se lo contará a su nieta. Desde entonces, la pandilla de chicas del Lebeche acudirá a bañarse todos los sábados, a ver si se les pega algo. No disponen de dinero para ir a los famosos baños de mar de la Clínica Lebeche.

* * * * *

Hoy el cura ha vuelto a la isla. El cura de Santa Pola solo viene a Tabarca los domingos de julio y agosto, pero hoy ha venido para el funeral de Rafael Chacopino Martínez. Dicen que el entierro al borde del mar ha sido precioso, lo dicen los que no son de la isla. Pero al menos ha sido un ritual tabarquino, por más que Manola, la menor de sus hijas, quería llevárselo a la península.

* * * * *

Fini, la de Morenell, vuelve de dar su paseo diario alrededor de la isla y por su cabeza vuelve a rondar la misma idea: no sabe si irse a la península. Casi lo hizo al morir su Batiste, su marido, pero al final se dijo que aquí al menos tenía sus recuerdos, su olor, su Pie del Moro. Ahora la idea vuelve a tomar fuerza: se iría a Santa Pola, donde su familia tiene casa, y con suerte podría ver su isla desde el balcón. O bien lejos, a olvidarse de la isla, como algún día hará su hermana Manola tras toda una vida en Tabarca. El caso es que a la pobre Fini la isla no para de darle disgustos en los últimos meses. La isla ya no es la misma: acaba de enterrar a su padre, y además ella ni siquiera puede pescar morenas por las noches, con su

morenell, ni tampoco meros, los jueves al amanecer, para su gazpacho de mero de los viernes. Claro que también podría montar un servicio de barco-taxi, como hacen tantos ahora, y les va de maravilla con tanto turista. Así estaría a la vez en la isla y en la península. El barco se llamaría El Morenell, ya que a ella poco más se le iba a ver con un *morenell*, al menos con morenas dentro. Pero no sabe si se acostumbraría a eso, y además que a Fini, mujer y con 62 años, le da que le pondrían problemas para lo del barco-taxi.

* * * * *

– ¿Y cuántos habitantes tiene la isla en invierno, señora Dolores?

– ¿Entre semana? A ver... Tano, Gloria y su marido, la casa de Anita, Juan Bá y familia, Úrsula, los Pianello, la viuda del arquitecto de Alicante... dos, tres, siete... unos dieciocho. Y unos cuantos que van y vienen. No es como antes. Cuando yo era chiquilla fíjate si había gente que yo ni sabía que existía mi Pedro, mi marido. Todas las casas ocupadas que estaban. Y no había turismo como ahora. ¿Qué te parece?

– ¿Y las verbenas, eran como esta?

– Bueno, las verbenas siempre han estado a tope. ¿No ves que los que se van siempre vienen para la Virgen del Carmen?

– Pero ¿usted sigue o no sigue viviendo aquí?

– Pues hasta el año pasado vivía a todo estar, sí, pero ahora estoy más delicada y mi hijo ha querido que pase el invierno con él. Así que me voy para Todos los Santos y no vuelvo hasta San José. Los inviernos en la península me cuestan, ¿eh? Un piso muy bonito donde estamos, tiene de todo, pero aquello es más aburrido que *pa* qué. Por lo menos para mí.

* * * * *

Tano, el todavía alcalde pedáneo de Tabarca, se reúne con su superior, el señor alcalde, y con mandamases de varios ministerios y *consellerias* y le dicen que no hay nada que hacer, que la Unión Europea dice (lo dicen así, como si fuera una persona que hablara), pues *dice* que si la Reserva Marina no se convierte en integral, dejarán de subvencionarla.

– Y sintiéndolo mucho, integral quiere decir integral, y eso incluye a todo el mundo, hasta al mismísimo Rafael, por mucho que, como usted dice, haya pescado con su caña o con su *morenell* una anguila todas las noches desde que el mundo es mundo.

– Pero hombre, si le quedan dos cortadas de pelo al pobre Rafael. No le iremos a dar ese disgusto. Además que lo que pesca son morenas.

– Pues no queda más remedio que darle ese disgusto, o esa alegría, según se mire. No, hombre, ya le encontrarán ustedes otra afición, o lo pondrán de guía en el museo, si hace falta.

– Pero ¿recibieron el informe que les envié, apoyado por varias asociaciones ecologistas, sobre la conveniencia de dejar la Reserva como está ahora?

* * * * *

Esther, la rubia que vino de la península, y Juan Bá, sobrino de Fini, acaban de ser padres por segunda vez, y están dispuestos a quedarse a vivir en la isla si vuelven a abrir la escuela. Es su gran sueño y tienen dos años para conseguirlo. Creen que lo conseguirán, pues ya tienen

apalabrados a ocho niños, y saben de buena tinta que en la península funcionan escuelas unitarias con siete niños. La vecina le contó a Esther que, cuando era niña, había tres escuelas, dos de niñas y una de niños. Y que desde que cerraron el colegio, los inviernos son tan duros como antes, pero mucho más tristes.

Juan Bá, por otra parte, es muy listo pero siempre ha tenido muchos pájaros en la cabeza. Al menos eso es lo que comentan algunos a la caída del sol en el Jardinet. Menos mal que Fini la de Morenell y sus vecinas de la Calle del Mocho siempre lo defienden.

* * * * *

– ¿Y su vida ha cambiado mucho, señora Úrsula?

– Pues un poco, sí. Antes mi marido me llamaba para que le echara una mano en el barco, para bajar la pesca. Ahora me llama para que le eche una mano en el barco, para bajar turistas. Es igual pero no es lo mismo. ¿O sí? Pero todo ha cambiado, ¿eh? Fíjese que antes aquí en Tabarca teníamos nuestros truquillos para que los hombres no hicieran la mili, ni fueran al ejército ni nada, y ahora que no hay mili, hay mujeres que se apuntan y todo.

– ¿Pero en Tabarca se vive mejor ahora o antes?

– ¿Y *què hem de fer* si todo cambia, eh?

* * * * *

Fini y su amiga Pepeta van un rato a la playa grande, ahora que se ha ido la última tabarquera cargada de turistas de vuelta a la península y la isla vuelve a ser su isla. Haciendo cuentas se dan cuenta de que el marido de Pepeta, El Foto, ya hace seis años que dejó la pesca por la cámara. En estos seis años ha inmortalizado a todo bicho viviente que ha llegado al puerto, y se ha hecho de oro. Fini lo daría todo por estar en el lugar de Pepeta, con la vida resuelta y sin sufrir cada día por si hay temporal. Y no puede entender que Pepeta se queje, aún va y dice que su marido ya no es el que era, y que El Foto le gusta menos que le gustaba Nicolao.

* * * * *

Hoy hay reunión en el Jardinet de buena mañana. Hacía tiempo que se hablaba de ello, pero por fin ha llegado la prensa en la Santa María. Dicen los periódicos que el 4 de abril de 1986 es un día histórico. Los que saben leer se lo leen a algunos que no saben: *El Consejo de Ministros aprueba la primera Reserva Marina de la Historia de España. La Reserva Marina “Isla de Tabarca” nace con un doble objetivo: regenerar la fauna y la flora marinas y que los tabarquinos puedan mantener su forma de vida tradicional, basada en la pesca. Queda prohibida toda extracción de fauna y flora excepto para los miembros de la cofradía de pescadores de la isla, que pueden seguir pescando en algunas zonas y bajo determinadas condiciones.*

* * * * *

El 16 de julio de 1984, hubo ducha general en la plaza. El alcalde de Santa Pola pronunció las palabras mágicas: *los tabarquinos ya no sois santapoleros de tercera, ya tenéis agua corriente.* Al empezar la música, fue Batiste el primero que, tras besar a Fini bajo el agua, como cuando eran

unos chiquillos -aunque ahora bajo agua dulce-, bebió de la ducha y se hizo con la manguera. Tras ir dando de beber a las bocas que se le ponían a tiro, y empapando sus cuerpos, caló enterito al alcalde. Éste, lejos de amilanarse, cogió el serpentín de unos de los barriles de anís y siguió la guerra. Los pocos periodistas y fotógrafos que habían venido de la península, indecisos, dejaron sus equipos a buen recaudo y echaron más agua al fuego. En menos de una hora, ya nadie sabía qué era agua dulce, qué era agua de mar y qué era anís o vodka. Al anochecer, y tras otra ducha general, ésta ya más tranquila y sólo con agua, se juraron no contar nunca lo que había pasado en ese jolgorio.

El 11 de marzo de 1976 Herminia fue a buscar a Manola, la hermana de Fini. Manola tenía una llamada de Pepín, el novio que se había echado en la península. Ella no contaba nada de él, sólo que era muy guapo, y que olía a marinero, aunque no lo era. Los primeros meses Manola ni siquiera decía como se llamaba, así que en el Jardinet entre todos decidieron llamarle Pepín. Después lo presentó como Alfredo, y cayó bien, pero seguían llamándole Pepín, y a Manola hasta empezó a gustarle el nombre. Cuando Manola salió corriendo hacia La Casa del Teléfono, con los nervios golpeó sin querer a la pobre Herminia. Y es que Manola sabía que Pepín le diría algo importante, o muy bueno o muy malo. Y se lo dijo: que la isla no es para él.

–¿Y qué pasó en el 84, doña Lola, el día de la ducha en la plaza?

–Pues que disfrutamos más que en toda nuestra vida. Todos ¿eh?

–Pero cuénteme detalles, mujer.

–Pues locuras y más locuras. Ni yo ni nadie le vamos a contar nada más, ya lo sabe usted. El que no estuvo se lo perdió.

Soplaba el levante, y Fini y Pepeta salieron a cortar el viento con las tijeras. Los barcos de sus hombres se retrasaban y por experiencia sabían que cuando hay levante son tres días seguidos. Querían, como siempre, cortar el levante, y las nubes, para que no fueran mar adentro y dejaran volver a sus hombres. Además que cuando cortaban el aire con sus tijeras también espantaban las ganas de llorar, los pensamientos de los días de temporal, las ganas de vivir en la península con un marido normal. . .

A Pétrola, la tendera, le salían las O, las A y los C por los ojos. Los ⊕ también, pero menos, la verdad. El caso es que ya no podía más. ¿Sería tan grave si esa tarde cerraba la tienda, iba al puerto a por el *llaud* de su padre y se iba a coger algún calamar de potera? O mejor: ¿y si se iba a bucear, con aquellas gafas que le había dejado el viajero mexicano que la retrató?

El 6 de mayo de 1951 Fini fue a la casa-tienda a hacer la compra. Le faltaban patatas para hacer un hervido y arroz para el caldero de mañana, y sobre todo quería saborear el pan antes de que se pusiera chicloso. Tanto Pétrola, la tendera, como Fini, apuntaron la cuenta y comprobaron que coincidía en sus respectivos cuadernos: ⊗OC. Les costó porque se estaba poniendo el sol y el candil no daba para distinguir muy bien entre ⊗ y O. Con un poco de suerte, la semana siguiente las dos podrían romper esa nota y las anteriores.

* * * * *

Los días que está lanzada y que hace bueno, como hoy, Fini se lleva a Batiste a la *Cova del Llop Marí*. Y Fini está lanzada de vez en cuando, pero desde luego siempre que Batiste acaba de volver, venga o no cargado de duros. Él siempre se resiste, temeroso de los lobos marinos, o de las lamias devoradoras que dicen que hay en la cueva, hasta que ella le cuenta la fábula de los amantes que se convirtieron en cueva y en lobo marino. Y él acaba por entrar.

* * * * *

El 4 de noviembre de 1949, igual que el 11 de noviembre, o el 25, Fini estuvo toda la tarde mirando por la ventana a cada instante. Soplaban el lebeche y por fin vio llegar el San Pietro y bajó al puerto a esperar a su Batiste, a esperar a todos los marineros y a esperar, por qué no decirlo, el dinero que tanta falta hacía. Esa vez, como muchas, la pesca había sido mala, la venta peor, y cada marinero sólo tocó a una taza de duros. El patrón ni siquiera tuvo que pasar la mano para quitar los duros sobrantes, apenas colmaban cada taza.

* * * * *

Aquel día, el 16 de mayo de 1947 hubo verbena especial improvisada, y dicen que superó a la de la Virgen del Carmen. Y es que, como pasaba en los días grandes, las mujeres tuvieron que bajar al puerto a ayudar a cargar los duros en un carro: tanto pesaban que no se podían llevar en la bolsa. Se fueron a ponerse guapos y Pétrola, con la emoción, hizo saber a todas que no hacía falta que pasaran por la casa-tienda a saldar las cuentas hasta el lunes.

* * * * *

Cuando Fausto Perales, un viajero mexicano que venía con máquina de retratar entró a la casa-tienda y estuvo observando las cuentas, preguntó si podía hacer fotos y empezó a fundir bombillas con su cámara. Retrató a Pétrola con su libreta de cuentas y con sus clientas. Enseguida cayó en la cuenta de que las más jóvenes ya escribían las cuentas como en la península –y con ellas a veces sí tengo problemas, mire usted, le confesó Pétrola. El viajero se puso muy solemne y dijo que en Tabarca no había analfabetos, al contrario, que los tabarquinos tenían su propio sistema de escritura. Aprendió que ⊗ era un duro, O una peseta, C dos reales –por el agujero- y así sucesivamente, aunque cuando llegó a su tierra ya se había hecho un lío.

* * * * *

A sus veintipocos años, a Fini le encantaba pescar, era de las pocas de la isla. Así que todos los días, cuando iba a por agua al pozo de la Calle de Enmedio, le daba vueltas a la misma idea, y aquel 7 de junio, al caérsele el caldero lleno de agua, por fin se decidió: fue a la almadraba a pedir faena. Para ella. En el mismo barco donde trabajaba Batiste. Don José le dijo *eso no puede ser, Fini, la ley de las almadrabas prohíbe la existencia de mujeres pescadoras*. Ella nunca había oído nada de esa ley. Don José, en cambio, si había oído hablar de los *morenells* infalibles que sabía hacer Fini y de su dominio de las artes de pesca. De hecho confiaba en la Fini pescadora más que en la mayoría de sus hombres pero sabía que, si le daba faena, sus hombres tendrían la libido subida y apenas trabajarían en el barco, por más que Fini les dejara claro que solo quería a su Batiste.

* * * * *

Cada domingo, Fini, la de Morenell y Batiste, el Largo, flamantes nuevos esposos, se daban su primer beso justo después de avistar al mero en su cueva, bajo el Pie del Moro. Fini y Batiste, como los meros, eran muy territoriales, y cada domingo de verano, tras un baño de *espabilamiento*, se subían al islote y se besaban. Además, sabían que desde la isla no podían verlos, sólo alguien a quien de buena mañana se le ocurriera ir hasta La Cantera, y de esos había muy pocos, quizá solo Antonio. A su islote ellos lo llamaban el Pie del Moro, por más que en la isla lo llamaran el *Cap* del Moro. Pero el caso es que de cerca, reconocen, ya no parece ni un pie ni una cabeza. Desde su islote contemplaban su isla, y la *Cova del Llop Marí*, adonde Fini siempre quería ir, a ver si había caballitos de mar, y Batiste nunca quería, a ver si había lobos de mar. En invierno, si Batiste estaba en la isla, cambiaban el baño por el paseo en *llaud*, y entonces era Fini quien remaba, pero nunca perdonaban su beso mañanero en el Pie del Moro. En invierno no veían si el mero seguía en su cueva, pero se besaban igual, y se olían igual.

* * * * *

–Don Rafael, usted ha tratado con mujeres de la península, ¿verdad?

–Pues sí, hombre, algo he tratado, claro que sí.

–¿Y qué tal?

–Pues preciosas. Pero no huelen. Y usted lo sabrá mejor que yo.

–Oiga, Rafael ¿y la casa que hay en la Cala de la Francesa, de quién es?

–Pues de nadie, o de todos.

–Pero ¿no vive nadie allí? Yo he visto movimiento.

–Hombre, vivía Manolo, el Paíto. Pero ahora está enfermo y a veces va su sobrino.

–Y si uno llegara y quisiera ocupar la casa ¿qué?

–Usted hace muchas preguntas ¿no?

–Hombre, algo tengo que hacer ¿no? Una semana es una semana.

* * * * *

A Fini le encantaba pasear los domingos en el *llaud* del abuelo Eduardo, y aprender a calar y a sacar el *morenell* que habían construido juntos, con la abertura justa para que la morena entre y no salga. El abuelo le decía a su Fini que se daba mucha maña para tener 10 años. Y después, por la noche, daban los dos solos un paseo por el campo e intentaban descubrir eslizones entre las chumberas. Fini le decía al abuelo que se daba mucha maña para tener 67 años, y los dos se morían de risa. El abuelo era el único que dejaba a Fini no sólo acercarse a las morenas sino también bañarse por la noche, allá en el campo. Pero a Fini se le acabó el chollo cuando el abuelo enfermó y lo encamaron. Así que se sentaba todos los días en la cama del abuelo, y se contaban historias, o se callaban.

* * * * *

En la sede del Ministerio en Madrid, aunque algunos se reían, estaban con la mosca detrás de la oreja desde que un subsecretario, el que sabía idiomas, consiguió un recorte de un periódico inglés y lo enseñó a todo el mundo mientras decía *hay que ver, los ingleses siempre por delante, saben más de lo nuestro que nosotros*. El rotativo británico daba cuenta de un extraño fenómeno biológico: *En los últimos 30 años, en la pequeña isla española de Tabarca, el 98 de los ciento cinco nacimientos en la isla han sido niñas. Sólo cinco niños. Un extraño fenómeno con solo un precedente en la historia conocida*. Realizadas algunas comprobaciones en libros de registro, parecía que la cosa era aún más grave: sólo habían nacido dos niños. Alguien sugirió viajar a la isla para comprobarlo, o analizarlo, pero quedaba muy lejos.

* * * * *

—¿Es cierto que ustedes los tabarquininos tienen antepasados italianos, señora Carmen?

—Pues claro que es verdad. Dejará de ser verdad. Mire usted nuestros apellidos: Pianello, Parodi, Chacopino, Luchoro, Manzanaro...

—¿Y cómo es eso?

—Pues historias del mar, como casi todo. Hay un par de libros sobre la isla donde lo explica. Si tiene interés y no los encuentra, yo le puedo prestar uno. Pero con vuelta ¿eh?

—Pero yo prefiero que me lo cuente usted, señora Carmen.

—Uh, es una larga historia.

—Tenemos tiempo, ya sabe usted que no salen barcos hasta la semana que viene. Si usted tiene tiempo, yo tengo una botella de vino...

—Pues mire usted, la cosa es que cerca de Túnez hay una isla que se llama Tabarka, con k. Allí trabajaban muchos pescadores de coral, genoveses. Que como luego verá, son nuestros tatatarabuelos, o más. Eran esclavos, y ya sabrá usted que en esa época Génova era española. Y Carlos III, al que queremos mucho aquí, un día pagó un rescate y los liberó. Y esta isla, nuestra Tabarca con c, que antes se llamaba Isla Plana, y Planesia, y no sé qué más, siempre había estado deshabitada, dicen, aunque piratas, buenos y malos, siempre han rondado por aquí. Y se conoce que a Carlos III se le ocurrió traer aquí a vivir a aquellos pescadores, y de paso espantaba a los piratas que rondaban por la isla. Y hasta ahora, aquí seguimos.

* * * * *

El 27 de junio de 1933 el médico de Tabarca estaba recogiendo medicinas y ungientos en Alicante y no llegó a tiempo. Así que Catalina volvió a hacer las veces de matrona, y ayudó a traer al mundo a Josefa Chacopino Chacopino, en adelante Fini. Tras el parto, el barco del médico seguía sin llegar y Catalina tuvo que salir corriendo a casa de Úrsula, y ayudó a traer al mundo al guapo José María, aunque lo inscribirían en el registro como María José.

Mientras, Eduardo, el abuelo de la pequeña Fini, estaba en el puerto reparando anzuelos cuando le dieron el aviso, salió corriendo a casa de su hijo, a ver al bebé, sin siquiera descargar. Los anzuelos se le cayeron de las manos, a los pies de la cuna de su nueva nieta. Por suerte solamente uno de todos aquellos anzuelos se le enganchó al tobillo.

Su nuera, la madre de la criatura, empezó a decir que su niña olía a mar. Que ya se sabe que todos los bebés huelen a mar, pero que su Fini mucho más. Y que si no sería por lo de los anzuelos del abuelo.

* * * * *

En septiembre de 1911, la navegante francesa Regine de Boisgisson seguía su vida de aventurera solitaria emprendida seis años antes y recorría el Mediterráneo en su barca de vela. Tras una tormenta, el 7 de septiembre naufragó cerca de la isla de Tabarca. Tuvo que quedarse en la isla a reparar su barca y lo que a primera vista le pareció un descampado en medio del mar empezó a parecerle su reposo soñado, tras seis años de continente en continente. Empezó a hacer migas con unos pocos tabarquinos, y con su ayuda y mucha voluntad, muy poco a poco se construyó una casa con ventanas y puertas de barco, y también un embarcadero justo debajo de la casa, en lo que desde ese momento empezó a llamarse la Cala de la Francesa, una cala poco frecuentada por los isleños dada su cercanía a la *Cova del Llop Marí*, una cueva con mala fama. Regine acabó por enamorarse de Tomás, su maestro en las artes de pesca y uno de los pocos solteros que quedaban, y se prometieron. La alegría de conseguir su propia partida de nacimiento tras laborioso proceso, se tornó en horror al compararla con la de su futuro marido. La francesa huyó despavorida a su embarcadero y abandonó su casa para siempre: acababa de descubrir que iba a casarse con una mujer. El propio Tomás, al que nada le habían contado sus padres, quedó todavía más confundido al saberse Tomasa.

* * * * *

El 26 de septiembre de 1835, a la hora de cenar, Manuela Pianello, viuda de Parodi, apagó seis de las siete lámparas de aceite de su taberna, ya que ni un solo parroquiano había venido a por un plato de comida. En ese momento entró Luc, un viajero suizo que, al parecer, había llegado con el Siena. Luc tenía un acento muy fuerte pero se hacía entender bastante bien:

—Tabemera, ¿tiene usted algún plato con sabor a mar?

—Aquí todo sabe a mar, señor.

—¿Todo, tabemera?

—Todo.

Manuela se alegró de la visita, inconsciente de que esa misma mañana, allá en la península, se había firmado y rubricado un decreto que les cambiaría la vida a los tabarquinos: quedaban abolidos los privilegios concedidos por los distintos Reyes, incluido Carlos III, y ya no estaban exentos ni de pagar impuestos ni de cumplir con el ejército, los varones.

* * * * *

–¿Y nunca ha ido a la Tabarka con k, Fini?

–No, pero ya me gustaría.

–Y a mí, la verdad. ¿Y cuándo me va a dar la receta del caldero tabarquino, Fini?

–Uf, eso sabe usted que no, pregúnteselo a la que quiera. Para eso le falta todavía le falta a usted mucha isla.

Al día siguiente volverían los barcos, las tabarqueras. A pesar de todo lo que pasó por mi cabeza cuando escuché aquellas palabras de la alcaldesa, no empezó una película de miedo, ni una historia de fantasmas. Empezó, sí, una semana complicada. Sin coches. Sin poder salir.

Era 6 de septiembre y hacía un sol de justicia. Cuando vi que una señora, una tal Fini con la que ya había hablado, esparcía agua con un cubo a la puerta de su casa me acerqué a ver si me llegaba algo del frescor de la tierra mojada. Me tranquilizó:

–Mañana va a llover. Tal día como mañana, la víspera de la Virgen de Loreto, todos los años llueve en la isla.

Miré al cielo y me eché a reír. Del todo imposible. Ni una nube, y tampoco era un sol de los que predice tormenta, que los conozco bien. Así que contraataqué:

– Todos los años menos este.

– Todos. ¿Qué se apuesta usted?

– Pues si llueve me quedo otra semana en la isla. Aunque me despidan del trabajo.

– Hecho. Y si se queda otra semana, yo le enseño a pescar.

– ¿Dónde? Como no sea mar adentro. . .

– Pues mar adentro.

Antes de amanecer me despertó una tormenta brutal. No fue un sueño, hasta entraba agua por las ventanas.

Así fue como me quedé otra semana, y otra más. Así fue como me hice tabarquino (*Sí, me hice tabarquino, la noche serena, las conversaciones sin conclusión*, dice una inscripción en la casa en la que ahora vivo, donde vivió un poeta de la península) y así fue como Fini me enseñó a pescar. Y me enseñó otras cosas. Algún isleño ya me llama el de Morenell.

Cuando voy a la península, me dicen que huelo a mar. Pero yo sé que todavía me falta mucha, pero que mucha isla, para oler a mar como huele Fini.